

—Entonces, decías que cuando Carswell llegó al hospital de Puerto Príncipe, sus dedos parecían como si hubieran sido golpeados con una cuerda —dije, alentándolo.

—Es una historia muy fea, Canevin. No sé si continuar —respondió el doctor Pelletier.

—Prometiste contármela —agregué.

—Lo sé, Canevin —dijo el doctor Pelletier del Cuerpo Médico de la Armada de los Estados Unidos, ahora estacionado aquí en las Islas Vírgenes—. Pero, de todos modos, no podrías usar esta historia. Hay tabús editoriales. Simplemente es demasiado escandalosa, demasiado increíble.

—Sí —admití a mi vez—, hay tabús, muchos. Sin embargo, después de oír hablar de esos dedos, ¿por qué no contarme toda la historia, Pelletier? Déjame decidir si puede o no publicarse. Es la historia lo que quiero. ¡La historia!

—Supongo que tienes razón —dijo mi invitado—. Si la encuentras demasiado espantosa para ti, dímelo y me detendré.

Sentí una ligera esperanza. Había estado tratando de escribir esta historia, después de obtener pequeñas muestras que me sedujeron e intrigaron, durante semanas.

—Adelante —aventuré con dulzura, empujando la jarra plateada detrás del humidor de cigarrillos del que Pelletier estaba haciendo una selección.

Pelletier se sirvió un swizzel con el ceño fruncido. Evidentemente, estaba dividido entre el deseo de verter el historia de Arthur Carswell y alguna complicación de sentimientos en contra de hacerlo. Me senté en mi sillón de mimbre y esperé.

Pelletier movió su gran cuerpo en su silla. Era evidente que ahora estaba reflexionando sobre cómo abrir la historia. Comenzó, meditativamente:

—No sé si alguna vez escuché una discusión pública sobre los crecimientos corporales malignos, excepto entre los médicos. La ciencia sabe poco sobre ellos. Sin embargo, tales enfermedades son bien conocidas a través de campañas de prevención, el seguro de vida empresas, solicitudes de fondos. Bueno, el caso de Carswell, principalmente, es uno de esos casos.

Hizo una pausa y miró el extremo encendido de su cigarrillo.

—¿Principalmente? —pregunté.

—Sí. Hablando como cirujano, ahí es donde comienza todo esto, supongo.

Me quedé quieto, esperando.

—¿Has leído el libro de Seabrook. La isla mágica, Canevin? —preguntó Pelletier de repente.

—Sí —respondí—. ¿Qué hay con eso?

—Entonces supongo que por tu propia experiencia dando vueltas por las Indias Occidentales, una buena parte de lo que describe Seabrook te son familiares, ¿no?. El vudú, las costumbres de la colina, y todo el resto, especialmente en Haití. ¿Verdad?

—Sí —dije—, prácticamente todo el libro era como una vieja historia para mí; un trabajo muy bueno, sin embargo; todo encaja perfectamente, una investigación honesta y exhaustiva.

—¿No encontraste nada nuevo para ti en el libro?

—Sí —la declaración de Seabrook de que hubo un intercambio de personalidades entre la cabra sacrificada y la joven Blade. Eso, al menos, fue un nuevo uno en mí, lo admito.

—Si lo lees con atención, recordarás que él atribuyó ese fenómeno a su propia inclinación sobre el tema. ¿No es así, Canevin?

—Sí —estuve de acuerdo—, creo que esa es la forma en que lo expresó.

—Entonces —prosiguió Pelletier—, la idea es que los semidioses haitiano-africanos, como Ogoun Badagris, Damballa y los demás, pueden establecer su residencia, al por un corto tiempo, en algún devoto.

—La idea se entiende muy bien —dije—. El señor Seabrook la menciona entre varios otros fenómenos locales. Era un viejo negro que se le acercó mientras comía, metió sus manos sucias en el plato de comida. Esto lo sorprendió considerablemente; luego fue rodeado por fieles que lo llevaron altar más cercano, donde le llevaron comida, le colgaron todas sus joyas, y se lo adoró por el momento; luego, al abandonar el cuerpo, el viejo volvió a su miseria habitual.

—Eso lo resume exactamente —asintió Pelletier—. Eso, Canevin, ese tipo de cosas, quiero decir, es el verdadero punto de partida de este espantoso asunto de Arthur Carswell.

—Te refieres a... —interrumpí, muy intrigado, no tenía idea de que había vudú mezclado con el caso.

—Quiero decir que la primera insinuación de Arthur Carswell de que había algo imperiosamente malo en él puede resumirse en el concepto de posesión.

—Pero... —protesté—, Yo había supuesto que era un asunto médico, quirúrgico. Vaya, usted simplemente se opuso a contármelo basándose en que...

—Precisamente —dijo Pelletier con calma—. Fue un caso quirúrgico, pero, como digo, comenzó de la misma manera que la ocupación del cuerpo de ese viejo negro por parte de Ogoun Badagris o cualquiera de sus diabólicas deidades; un fenómeno que, como bien dices, es conocido por personas que se dedican a tales cosas, y tal como lo registró Seabrook.

—Bueno —dije yo—, sigue adelante a tu manera, Pelletier. Haré todo lo posible para escuchar. ¿Te importa que te interrumpa con alguna una pregunta ocasional?

—En lo más mínimo —dijo el doctor Pelletier con consideración, se cambió a una posición aún más pronunciada en mi sillón chino, encendió un cigarrillo nuevo y prosiguió:

»Carswell había desarrollado una intimidad considerable con el culto a las serpientes del interior de Haití, todo el tipo de cosas que probablemente, por primera vez en inglés al menos, aparecieron en el libro de Seabrook; todas las reuniones, y el bautismo, y los sacrificios de las aves y el toro y las cabras; las orgías de los adoradores, el estruendo y la emoción de los tambores, toda esa adoración extraña, incomprensible, más bien tonta, mortal y sin carne de la Serpiente que los Dahomeyanos llevaron consigo a la vieja Hispaniola, ahora Haití y la República Dominicana.

»Él había estado allí, como habrás oído, durante varios años; fue allí en primer lugar porque todos pensaban que era una especie de fracaso en casa; También se ganaba la vida, de una manera en la que nadie más que un tipo de mentalidad original como él habría pensado: mataba patos en las marismas de Lagane, los secaba y los exportaba a Nueva York y San Francisco, más precisamente a los barrios chinos.

»Carswell era un tipo de aspecto particularmente inteligente, quiero decir, en el sentido inglés de esa palabra. Era uno de esos tipos que siempre estaba afeitado, limpio, recién arreglado, incluso en las condiciones bastante adversas de su vida, allá en Lagane junto a las marismas; y de su oficio, que era matar y secar patos. Un tipo puede volverse bastante descuidado y dejarse llevar por ese tipo de cosas lejos de casa; lejos, también, de las sutilezas que hay en un lugar como Puerto Príncipe.

»Con este aspecto cuidado lo vi por primera vez en el hospital de Puerto Príncipe. Además de verse limpio y elegante, lucía sorprendentemente joven de alguna manera. Uno de esos rostros que mostraban experiencia, pero, junto con ella, una filosofía. Las arrugas en su rostro eran buenas líneas, si entiendes lo que quiero decir: líneas de humor y coraje; sin disipación, sin líneas hacia abajo, nada de holgura como las que verías incluso en la cara de un viajero de playa comparativamente más joven. No, cuando entró en mi oficina, casi alegremente, allí, en el hospital, no había nada, nada en absoluto en él que sugiriera otra cosa que un próspero compatriota americano, un tipo profesional, que podría haber llegado a tierra desde el yate de alguien.

»Y, sin embargo, ¡Dios mío, Canevin, la historia que me contó!

A pesar de que era cirujano naval, Pelletier se levantó en este punto y, casi agitado, caminó arriba y abajo por mi galería. Luego se sentó y encendió un cigarrillo nuevo.

—Hay —dijo reflexivamente, y como si sopesase cuidadosamente sus palabras—, hay, Canevin, entre varias otras, una teoría un tanto salvaje que alguien propuso hace varios años, sobre el origen de los tumores malignos. Nunca obtuvo mucha aprobación entre la profesión médica, pero tiene, al menos, el mérito de la originalidad. Hay quienes, dentro y fuera de la medicina, que todavía creen en ella. La teoría sostiene que hay ciertos núcleos, ciertas masas, por así decirlo, de material corporal que han persistido entre ciertas personas, el tipo que es susceptible a esta horrible enfermedad, que, en el estado prenatal, no se desarrollaron completa o normalmente; quiero decir, pequeños lugares en la estructura corporal que permanecen sin desarrollarse.

»Algo, de acuerdo con esta hipótesis, algo como una sacudida repentina, o un moretón, una patada, un golpe con el puño, el resultado de una caída, causa un traumatismo, una lesión física, ya sabes, en uno de estos puntos, y la pequeña masa de material no desarrollado comienza a crecer, desplazando así el tejido normal que la rodea.

»Una objeción a la teoría es que existen al menos dos variedades bien conocidas científicamente; el carcinoma, que a su vez se subdivide en dos tipos, el carcinoma duro y el carcinoma blando, y el sarcoma, que es algo blando, como lo que popularmente se entiende por «tumor». Por supuesto, todos son tipos particulares de tumores. Lo que da cierta credibilidad a la teoría que acabo de mencionar es la malignidad, el elemento creciente. Porque, sea cual sea la razón subyacente, crecen, Canevin, como es bien reconocido, y esta explicación de la que he estado hablando da una razón para el crecimiento. La «malignidad» es, en realidad, que una de las cosas parece tener, por así decirlo, vida propia. ¿Entiendes?

Asentí.

No quise interrumpir. Pude ver que este tema secundario sobre un camino científico debía tener algo que ver con la historia de Carswell.

—Ahora —continuó Pelletier—, fíjate en este hecho, Canevin. Permíteme plantearlo en forma de pregunta: ¿A qué clase o tipo de adorador de vudú le ocurre la posesión por parte de una de sus deidades? De tu propio conocimiento de tales cosas, ¿qué responderías?

—Al anormal, a un anciano o una mujer —dije lentamente, reflexionando—, o a un niño, tal vez, o a un idiota. Se supone que idiotas, viejas y niños atrasados, «tontos de pueblo» y similares, en toda Europa, están de alguna manera misteriosa en armonía con la deidad, ¡o con Satanás! Es una creencia campesina establecida. Incluso entre los mahometanos, el imbécil o idiota es el afligido de Dios. No hay otra creencia mejor establecida en este sentido.

—¡Precisamente! —exclamó Pelletier—. Volvamos ahora a Seabrook. ¿Qué tipo de persona es poseída en el libro?

—Un hombre viejo y vacilante —dije—, aparentemente bien perdido en su edad.

—¡Correcto una vez más! Primero admitiré, Canevin, que esa teoría que acabo de exponer nunca tuvo mucho éxito conmigo. Puede que sea cierta, pero pocos científicos piensan en ella. Ahora, Canevin, estoy convencido de que es verdad. Otra cosa: cuando Carswell entró en mi oficina en el hospital de Puerto Príncipe, lo primero que noté de él fue una discrepancia peculiar, casi indescriptible. Estaba entre su apariencia general de limpieza gastada por el clima, su estado físico, su apariencia elegante, todo eso, que encajaba sobre el carácter limpio y abierto del tipo; y lo que sólo puedo describir como un embrujo. Parecía en buenas condiciones, y sin embargo, había algo raro en su composición. No podía señalarlo, pero estaba allí, una sugerencia de algo que restaba valor a la impresión que daba de ser un tipo honrado, un buen compañero para tener a tu lado.

»La segunda cosa que noté fue justo después de que se sentó en una silla junto a mi escritorio, y fueron sus dedos y pulgares. Estaban hinchados, Canevin, parecían doloridos, como si los hubieran enrollado con una cuerda. Eso fue lo primero que pensé. Me vio mirándolos, me los tendió bruscamente, los puso uno al lado del otro sobre mi escritorio, y me sonrió.

»—Veo que los ha notado, doctor —comentó, casi jovialmente—. Eso hace que sea un poco más fácil para mí decirle para qué estoy aquí. Es... bueno, como un «síntoma».

»Le miré los dedos, a todos les afectaba de la misma manera, y terminé poniéndoles una lupa. Todos estaban magullados y enrojecidos, y aquí y allá la piel estaba raspada,

rota, circularmente; era un conjunto de dígitos de aspecto muy cuidadoso. Mi nuevo paciente se dirigía a mí nuevamente:

»—No estoy aquí para jugar a los acertijos, doctor —dijo con gravedad—, pero, ¿le importaría adivinar qué les hizo eso a mis dedos?

»—Bueno, parece como si hubieras estado tratando de usar cien anillos, todos a la vez.

Carswell asintió con la cabeza hacia mí.

»—Un punto para el médico —dijo, y se rio—. Incluso numéricamente está casi en lo cierto, señor. ¡El número exacto era ciento seis!

»Lo confieso, entonces lo miré fijamente. Pero no me estaba engañando. Era un tipo frío, sobrio, y serio sobre lo que estaba diciendo. En fin, dijiste antes que me harías algunas preguntas, Pelletier. Dispara. ¿Ves alguna luz hasta ahora?

—Infiero que Carswell vivió allí, ¿cuánto tiempo?, ¿cuatro o cinco años más o menos?

—Siete, para ser exactos —añadió Pelletier—. Al estar familiarizado con los quehaceres nativos, se ganó la confianza de sus vecinos negros en Lagane y sus alrededores, se volvió algo experto. ¿Había sido visitado por una de las deidades negras? Eso es a lo que parece apuntar su relato. Esos dedos magullados, los ciento seis anillos.

—Dios santo, hombre, ¿es realmente posible?

—Carswell me contó todo un poco más tarde... sí, eso fue precisamente lo que sucedió.

—Adelante —le dije—, soy todo oídos, se lo aseguro.

—Bueno, Carswell apartó las manos del escritorio después de que examiné sus dedos a través de mi lupa, y luego me señaló con una de ellas en una especie de gesto de desprecio.

»—Voy a entrar en todo eso, si está interesado en saberlo, doctor —me aseguró—, pero no es por eso que estoy aquí —su rostro de repente se puso muy serio—. ¿Tiene tiempo? No quiero que mi caso interfiera con nada.

»—Adelante, dispara —dije, y él se inclinó hacia adelante en su silla.

»—Doctor —dijo—, no sé si alguna vez oyó hablar de mí. Mi nombre es Carswell y vivo en Lagane Way. Soy estadounidense, como usted, como probablemente puede ver, incluso después de siete años allá afuera, cazando patos, en su mayoría, sin

virtualmente las actividades del hombre blanco durante bastante tiempo. No me he vuelto nativo ni nada por el estilo. No quisiera que pensara que soy uno de esos desperdicios.

»Me miró inquisitivamente. Había estado solo mucho tiempo, quizás demasiado. Asentí con la cabeza. Me miró a los ojos, directamente, y asintió en respuesta.

»—Supongo que nos entendemos —dijo. Luego prosiguió—. Hace siete años vine aquí. Lo que pocas personas saben de mí me consideran una especie de fracaso, pero, doctor, hay una razón para eso, una razón bastante clara. No voy a profundizar porque tiene que ver con algo médico. Por eso vine a verlo.

»Entonces se puso de pie, y noté cierta flacidez que no encajaba con su tipo de hombre. Levantó su chaqueta y puso la mano un poco a la izquierda de la mitad de su estómago.

»—Fíjese en esto —dijo, y dio un paso hacia mí.

»Allí, justo sobre el centro izquierdo de esa área y extendiéndose hacia el bazo, en el lado izquierdo, ya sabes, había una protuberancia. Visto de cerca, era evidente que aquí había una especie de crecimiento interno. Eso era lo que lo hacía parecer flácido, estomacal.

»—Esto me fue diagnosticado en Nueva York —explicó Carswell—, hace poco más de siete años. Entonces me dijeron que era inoperable. Después de siete años, probablemente, me atrevería a decir que es peor, en todo caso. Para decirlo en pocas palabras, doctor, salí de un negocio prometedor, rompí mi compromiso y vine aquí. No voy a explayarme sobre todo eso, pero fue bastante difícil. He aguantado bien hasta hace poco. Por eso vine esta tarde, para verlo, para ver si se podía hacer algo.

»—¿Ha estado mejorando últimamente? —le pregunté.

»—Sí —dijo Carswell—. Dijeron que me mataría, probablemente dentro de un año más o menos, a medida que creciera. No ha crecido mucho. He durado un poco más de siete años hasta ahora.

»—Quítese la ropa y echémosle un buen vistazo.

»—Cualquier cosa que diga —respondió Carswell.

»El examen preliminar reveló un crecimiento bastante típico, del tipo autónomo, no del tipo fibroso, en la ubicación que ya he descrito, y aproximadamente del tamaño de una cabeza de un hombre promedio. Estaba incrustada bastante profundo. Era lo que llamamos encapsulado. Eso, por supuesto, era lo que había mantenido vivo a Carswell.

»Luego lo colocamos en los rayos X, de adelante hacia atrás y de lado. Una de esas cosas no siempre responde muy bien a este tipo de examen, pero mostró lo suficientemente claro que había una especie de masa triangular oscura, con el extremo pequeño en la parte superior. Cuando Smithson y yo lo miramos detenidamente, le pregunté a Carswell si quería quedarse con nosotros, es decir, internarse como paciente para empezar el tratamiento.

»—Bueno —dije—, hablando claramente, sí, tienes una posibilidad, tal vez del cincuenta por ciento, tal vez un poco menos. Esto ha estado tranquilo durante siete años, desde el diagnóstico original. Probablemente sea menos operable que cuando estaba en Nueva York. Por otro lado, sabemos mucho más, no sobre estas cosas, señor Carswell, sino sobre técnicas quirúrgicas, de lo que sabíamos hace siete años. En conjunto. Le aconsejo que se quede y se prepare para una operación.

»—Hagámoslo —dijo Carswell, y le asignamos una habitación, tomamos su historial y comenzamos a prepararlo para su operación.

»Hicimos la operación dos días después, a las diez y media de la mañana, y mientras tanto Carswell me contó más de su historia.

»Parece que se había hecho un buen lugar entre los negros y los patos. En siete años, un hombre como Carswell, con su equipo mental y disposicional, puede recorrer un largo camino. Logró hacer algo bastante bueno con su industria de secado de patos, empleó cinco o seis manos en su pequeño negocio. Reconstruyó una buena casa, antiguamente propiedad de un local antigüedades. Era un hogar peculiar, de soltero.

»Casi de manera incidental deduje de él no tenía don para la narrativa y tuve que interrogarlo mucho. Se había metido en el estudio del vudú. Hasta donde pude entender, no había ni un ápice de todo aquello en lo que él no hubiera estado metido, excepto, la chevre sans comes, la cabra sin cuernos, ya sabes, el sacrificio humano. Negó enérgicamente que el vudú recurriera a eso, dijo que era una patraña, un invento contra ellos; que nunca, en realidad, hicieron tales cosas, salvo en tiempos prehistóricos, en África.

»El hombre era una enciclopedia ambulante de las creencias, costumbres y prácticas nativas. No se sentía como un nativo, sin embargo, sin rebajar un poco la dignidad del blanco, lo había conseguido todo. Eso nos lleva al acontecimiento específico, la historia que, según dijo, acompañaba a la razón por la que ingresó en el hospital de Puerto Príncipe.

»Parece que su sarcoma nunca, prácticamente, le había tenido problemas. Más allá de notar un aumento muy gradual en su tamaño de un año a otro. En otras palabras, nunca le produjo dolor o molestia directa más allá de la sensación de que la cosa

estaba allí, y que aumentaba de tamaño.

»Entonces, había sucedido solo tres días antes de que llegara al hospital, se había quedado inconsciente repentinamente una tarde, mientras caminaba hasta su puerta de entrada. Lo último que recordaba entonces era estar a unos cuatro pasos de la puerta. Cuando se despertó estaba oscuro. Estaba sentado en una gran silla en su propia galería frontal, y lo primero que notó fue que sus dedos y pulgares le dolían mucho. Lo siguiente fue que había velas ardiendo a lo largo del borde de la galería, en el patio delantero, y a lo largo del camino fuera de la cerca pálida que dividía su propiedad del camino. En esta luz, literalmente cientos de negros se apiñaron a su alrededor, en su mayoría de rodillas; alineados a lo largo de la galería y en los terrenos debajo de ella; postrándose, cantando, poniendo tierra y arena en sus cabezas; y, cuando se reclinó en su silla, algo le lastimó la nuca, y descubrió que estaba casi ahogado con los collares, ristras de cuentas, monedas de oro y plata, y de otras clases, que colgaban de su cabeza.

»Sus dedos, y también los pulgares, estaban cubiertos de anillos de oro y plata, muchos de ellos atascados para detener la circulación.

»Por su conocimiento reconoció lo que le había sucedido. Se había imaginado que probablemente se había desmayado, aunque no era algo en absoluto común, yendo por el camino hacia la puerta del patio, y sus vecinos habían deducido que estaba poseído. Sabía que, ahora que se había recuperado, la adoración debería cesar si simplemente se sentaba en silencio es decir, tan pronto como se dieran cuenta de que era él mismo una vez más. Lo dejarían en paz y obtendría algún alivio de ese incómodo entorno; deshacerse de los collares y los anillos, conseguir un poco de intimidad.

»Pero la parte más extraña de todo fue que no se dieron por vencidos. No, la multitud alrededor de la casa y en la galería aumentó en lugar de disminuir, y por fin se vio obligado a fingir, por pura incomodidad.

»Lo dejaron, dice, de buenas a primeras, sin una voz de protesta, pero (y esto fue lo que lo inició en su mayor perplejidad) no le quitaron los collares y anillos. No. Lo siguiente que sucedió fue que el viejo Pa'p Josef, junto con otros tres o cuatro papalois vecinos, médicos de pueblos cercanos, y seguidos por un anciano que era conocido por Carswell como el Hougan, o el médico brujo jefe de toda la campiña cercana, se le acercó en una especie de procesión, se arrodilló en el suelo de la sala de estar, y colocó calabazas y botellas de ron, pollos cocinados, e incluso un gran plato de sopa de Tannia, un plato que detestaba, y luego se echó atrás dejándolo con estos comestibles.

»Dijo que este tipo de atención persistió durante los tres días que permaneció en su casa, antes de partir hacia el hospital; aparentemente, seguiría si no hubiera venido a Puerto Príncipe.

»Pero su visita no se debió a esto en lo más mínimo. Lo había desconcertado, claro, porque no había nada parecido en su experiencia, ni en la de la gente que le rodeaba, de los papalois, o incluso del propio hougan. En otras palabras, le hablaban como si la deidad que supuestamente había establecido su morada dentro de él todavía siguiera allí, aunque no parecía haber ningún precedente para tal ocurrencia.

»Se sentía exactamente igual que de costumbre. Le habían informado que los transeúntes lo habían recogido y llevado a la galería donde se había despertado más tarde. Estos buenos samaritanos habían reconocido que una de las deidades estaba en él. Se sentía igual, decía, excepto por dolores recurrentes, casi insoportables en el cerca de su región abdominal inferior.

»No había nada sorprendente para él en este acceso de dolor. Le habían advertido que ese sería el principio del fin. Fue con la más bien débil esperanza de que se pudiera hacer algo que había venido al hospital. Eso dice mucho de la fortaleza del hombre, de su fuerza de carácter, que haya entrado tan alegremente, haya aceptado lo que le sugerimos que haga, permanezca con nosotros, afrontando esas oportunidades comparativamente escasas con completa alegría.

»Porque no lo engañamos. Las posibilidades eran algo escasas. Había dicho «cincuenta y cincuenta», pero como le dejé claro después, las posibilidades favorables, según se desprende de las tablas de mortalidad, eran mucho más bajas.

»Fue a la mesa de operaciones en un estado de ánimo que no había cambiado con respecto a su acostumbrada alegría. Se despidió del doctor Smithson y de mí, por si acaso, y también del doctor Jackson, que se desempeñó como anestesista.

»Carswell necesitó una enorme cantidad de éter. Su conciencia persistió más tiempo, quizás, que la de cualquier paciente quirúrgico que pueda recordar. Por fin, sin embargo, el doctor Jackson me insinuó que podía empezar, y, asistido por el doctor Smithson, hice la primera incisión. Era mi intención, después de un estudio cuidadoso de las placas de rayos X, abrirlo desde el frente, en una dirección hacia arriba y hacia abajo, establecer el drenaje directamente y dejar abierta la herida en el tejido sano para intentar curarlo después de retirar su contenido. Esa es la técnica habitual en estos casos.

»Fue un asunto comparativamente simple exponer la pared exterior. Esto se logró, y después de algunas palabras de consulta con mi colega, la abrí con mucho cuidado. Recordamos que la radiografía había mostrado, como mencioné, una masa de forma triangular. Este contenido aparente lo atribuimos a una oscura coloración química. Hice mis incisiones con el mayor cuidado y delicadeza, por supuesto. La parte crítica de la operación estaba justo en este punto.

»Por fin se cortaron las capas externas e hice otra incisión a través de la pared

interna. Para mi sorpresa, y para la del doctor Smithson, el interior estaba comparativamente seco. La gasa que la enfermera había colocado para recibir los instrumentos que íbamos usando apenas estaba humedecida. Pasé el bisturí por debajo de la última incisión, luego hacia arriba desde su extremidad superior.

»Luego, extendiendo mi mano enguantada dentro de esta larga abertura hacia arriba y hacia abajo, descubrí de inmediato que podía meter mis dedos alrededor de la pared interior de contención con bastante facilidad. Extendí y moví mis dedos más y más lejos, finalmente metiendo ambas manos dentro y sintiendo por fin que tocaba la pared posterior. Rápidamente pasé los bordes de mis manos por el interior y llegué a una masa que pesaba varias libras, de material más o menos sólido, que dejé a un lado en la pequeña mesa al lado de la mesa de operaciones y, nuevamente haciendo una pausa para consultar con el doctor Smithson, continué. La operación iba mucho mejor de lo que cualquiera de los dos hubiésemos anticipado.

»Extraer el material fue un trabajo difícil y agotador, que se logró, quizás, luego de diez o doce minutos. La cosa, parecida a una bolsa, ahora completamente separada de los tejidos en los que había estado incrustada durante tanto tiempo, se colocó también en la mesa auxiliar.

»El doctor Jackson informó favorablemente sobre la condición de nuestro paciente bajo anestesia, así que procedí a cerrar la herida. Esto se logró de manera rutinaria, y luego, juntos, vendamos a Carswell y lo llevamos de regreso a su habitación para esperar el despertar del éter.

»El doctor Jackson y el doctor Smithson abandonaron el quirófano y la enfermera empezó a limpiar después de la operación; a dejar los instrumentos en la caldera, etc., una serie de tareas rutinarias. En cuanto a mí, levanté el material que había retirado bajo la potente lámpara de quirófano y la volví a depositar, sin presentar nada de interés para un posible examen de laboratorio.

»Entonces recogí el contenido más o menos sólido que había colocado, muy apresuradamente y sin mirarlo; sino más bien sintiendo con mis manos. Todavía tenía los guantes quirúrgicos puestos para prevenir infecciones al mirar estos especímenes y, aún sin mirarlo particularmente, lo llevé al laboratorio.

»Canevin —el doctor Pelletier me miró sombríamente a través de la luz que se desvanecía gradualmente al final de la tarde—, honestamente, no sé cómo decirlo. Pero escucha, haz algo por mí, ¿quieres?

—Sí, por supuesto —dije, considerablemente desconcertado—. ¿Qué es lo que quieres que haga, Pelletier?

—Mi auto está en el frente. Reúnete conmigo ahí y vayamos a mi casa, ¿quieres?

Digamos que quiero darte un cóctel. De todos modos, tal vez lo entiendas mejor cuando estés allí.

Lo miré de cerca. Esto me pareció una petición muy extraña, abrupta. Aun así, no había nada de irrazonable en un capricho tan repentino de Pelletier.

—Bueno, sí, ciertamente iré contigo, Pelletier, si así lo prefieres.

—Vamos, entonces —dijo Pelletier, y nos dirigimos a su coche.

El médico condujo él mismo, y después de haber tomado la primera curva en una ruta bastante complicada de mi casa a la suya, en la cima extremadamente aireada de Denmark Hill, dijo en voz baja:

—Ahora, Canevin, trata de unir los puntos en esta historia. Ten en cuenta cómo actuaron los negros de Lagane, según la historia de Carswell, y también la teoría de la que estuve hablando más temprano. ¿La recuerdas claramente?

—Sí —dije, aún más desconcertado.

Entramos a su casa y encontramos a su criado poniendo la mesa para la cena. El doctor Pelletier no está casado, tiene un hospitalario establecimiento de soltero. Pidió cócteles y el sirviente se marchó para hacer este recado. Luego me condujo a una especie de oficina, plagada de parafernalia médica y quirúrgica. Tomó unos papeles de una silla, me indicó que me sentara y se acercó a otra.

—¡Escucha ahora! —dijo—. Me llevé esa cosa, como mencioné, al laboratorio. La llevé en la mano, con los guantes todavía puestos, y la dejé sobre una mesa y encendí una luz potente sobre ella. Fue entonces cuando le eché un buen vistazo. Pesaba al menos varios kilos, tenía aproximadamente el volumen y el peso de un coco maduro, y tenía aproximadamente el mismo color que un coco pelado, es decir, una especie de marrón medio. Mientras lo miraba, vi que, como los rayos X habían indicado, tenía una forma vagamente triangular. Estaba tumbada sobre uno de sus lados bajo esa poderosa luz, y... Canevin, ayúdame Dios —el doctor Pelletier se inclinó hacia mí—, se movió... y, mientras la miraba, ¡noté que la cosa respiraba! Estaba simplemente estupefacto.

»Un espécimen biológico así... ¡no se mueve, Canevin! Sentí escalofríos bajar por mi columna. Entonces recordé que aquí estaba, después de una operación, en mi propio laboratorio biológico. Me acerqué a la cosa y la apoyé, sobre lo que podría llamarse su base lógica, si entiendes lo que quiero decir, de modo que se mantuviera casi erguida como lo permitía su conformación triangular.

»Y luego vi que tenía tenues marcas amarillentas sobre el marrón, y que lo que podríamos llamar su piel se estaba moviendo. Mientras miraba la cosa, Canevin, dos

cosas como bracitos comenzaron a moverse, y la parte superior dio una especie de estremecimiento convulsivo, y me abrió directamente, Canevin, un par de ojos y me miró a la cara.

»Esos ojos ... ¡Dios mío, Canevin, esos ojos! Eran ojos de algo más que humano, algo increíblemente malvado, algo muy antiguo, sofisticado, frío, inmune a cualquier cosa excepto a la pura maldad, los ojos de algo que había sido adorado, Canevin, en edades y edades de un pasado que se remontaba antes de todo cálculo humano conocido, ojos que mostraban toda la maldad deliberada y acechante que jamás ha existido en el mundo. Entonces cerró los ojos, Canevin, y la cosa se hundió en su costado, y se agitaba y se estremecía convulsivamente.

»Me sentí enfermo, Canevin. Me dije a mi mismo que sufría un caso de nervios posoperatorios, pero me obligué a mirar más de cerca y, mientras lo hacía, noté que la cosa exhalaba un leve soplo de éter. Dos diminutas fosas nasales, parecidas a las de un mono, sobre una abertura de la boca cerrada con pinzas, exhalaban e inhalaban; aspiraban el aire puro y bueno, exhalando vapores de éter. Me di cuenta de que Carswell había consumido una gran cantidad de éter antes de perder el conocimiento; lo habíamos comentado, el doctor Jackson en particular. Aquí sumé uno más uno, Canevin, recordé que estábamos en Haití, donde las cosas no son como Nueva York o Boston. ¡O Baltimore! Esos negros habían creído que la deidad no había salido de Carswell, ¿ves? Eso era lo que tenía en el borde de mi mente. La cosa se agitó, inquieta, extendió uno de sus brazos, tanteó, se puso rígida.

»Tomé un frasco de muestras cercano, Canevin, razonando, casi a ciegas, que si esta cosa fuera susceptible al éter, sería susceptible a... bueno, mis guantes todavía estaban en mis manos y... ahora temblando tanto que apenas podía moverme, tuve que forzar cada movimiento. Extendí la mano y agarré la cosa, se sentía como cuero húmedo, y la dejé caer en el frasco. Luego llevé la garrafa de alcohol conservante a la mesa y la vertí hasta que la cosa espantosa estuvo completamente cubierta. Se retorció una vez, luego rodó y se quedó quieta, con la boca ahora abierta. ¿Me crees, Canevin?

—Siempre he dicho que creería cualquier cosa con la evidencia adecuada —dije lentamente—, y sería el último en cuestionar una declaración tuya, Pelletier. Sin embargo, como sabes, he investigado algunas de estas cosas quizás más que la mayoría.

El doctor Pelletier no dijo nada. Luego se levantó lentamente de su silla. Se acercó a un armario empotrado y regresó con un frasco de muestras de boca ancha en la mano. Dejó el frasco frente a mí, en silencio.

Lo miré a través del alcohol ligeramente descolorido con el que el frasco, herméticamente cerrado con cinta de goma y lacre, estaba casi lleno hasta el borde.

Allí, en el fondo de la jarra, yacía algo como Pelletier había descrito (algo que, si hubiera estado sentado en posición vertical, se habría parecido un poco a la representación del pequeño y feliz dios Billiken que era popular en los años veinte). La cosa sugería algo siniestro, sobrenatural, incluso en esta forma desecada.

—Disculpe que incluso ahora parezca dudar, Pelletier —dije, pensativo.

—No puedo decir que te culpo por eso —respondió el genial doctor—. Es, por cierto, la primera y única vez que trato de contarle la historia a alguien.

—¿Y Carswell? —pregunté—. Me ha intrigado ese buen tipo y sus dificultades. ¿Cómo salió de todo esto?

—Se recuperó magníficamente de la operación —dijo Pelletier—, y después, cuando fue a su casa, me contó que los negros, aunque estaban contentos de verlo como de costumbre, habían perdido por completo el interés en él como una divinidad.

—Mmm —comenté, mirando el frasco—, supongo que las cuestiones de fe están más allá de la razón.

—Sí —dijo Pelletier—, siempre he considerado que la fe es absolutamente concluyente. De hecho, ¿de qué otra manera podría uno explicar esto? —señaló el contenido del frasco.

Asentí con la cabeza, de acuerdo con él.

—Solo puedo decir que, sin ánimos de ofender, tienes una mente singularmente abierta para ser un hombre de ciencia. ¿Qué fue, dicho sea de paso, de Carswell?

El criado entró con una bandeja y Pelletier y yo bebimos por la buena salud del otro.

—Vino a Puerto Príncipe —respondió Pelletier después de haber hecho los honores—. No quería volver a los Estados Unidos. La dama con la que estaba comprometido había muerto un par de años antes. Además, se había quedado aquí demasiado tiempo. Sigue siendo una autoridad en asuntos nativos de Haití y es consultado por el Alto Comisionado. Sabe, literalmente, más sobre Haití que los propios haitianos. Creo que podrías conocerlo; tendrían mucho en común.

—Espero por conocerlo —dije, y me levanté para irme.

El criado apareció en la puerta, sonriendo en mi dirección.

—La mesa está puesta para dos —dijo.

El doctor Pelletier abrió el camino hacia el comedor, dando por sentado que yo me quedaría a cenar con él. Somos informales en St. Thomas, así que llamé a casa y me senté con él.

Pelletier se echó a reír de repente; en ese momento estaba a la mitad de su sopa. Miré hacia arriba inquisitivamente. Dejó la cuchara y me miró desde el otro lado de la mesa.

—Es un poco extraño —comentó—, cuando te pones a pensar en ello. Hay una cosa que Carswell no conoce sobre Haití.

—¿Qué?

—Esa... cosa... allí —dijo Pelletier, señalando la oficina con el pulgar como lo hacen los artistas y cirujanos—. Pensé que ya había tenido suficientes problemas sin estar al tanto de eso.

Asentí con la cabeza y reanudé mi sopa. Pelletier tiene un cocinero excelente.